



heredades de los mayores tesoros de la tierra y tuviese siempre sobre el corazón la bendición del patrón holandés, que pensaba en su casa que había en los holandeses, y al hablar de Cuneunda, sobre todo después de comer, se inclinaba al sistema de Pang'oss.

—Y usted, señor Martín —dijo al hablar— ¿qué piensa de todo esto? ¿qué concepto tiene acerca del mal moral y del mal físico? —Señor —respondió Martín—, unos sacerdotes me han enseñado de sociniano, pero la verdad es que soy maniqueo. —¿Se burla usted

Esta discusión se hallaban empe-
nados, cuando se oyeron unos cañonazos.
Al instante, rodeados el estruendo,
se vieron salir por los dos barcos
dos a dos barcos que combatían a
tres millas de distancia. Trajo el
uno a uno y a otro tan cerca del bar-
rera, que tuvieron la satisfacción
de contemplar el combate muy de sus-
ta. Al cabo uno de los dos barcos lar-
gó otro una andanada tan baja y tan
rápida que lo echó a plique. Cándido y
sus compañeros vieron con toda claridad un cen-
tenar de hombres, sobre el puente de la
Fran

...se da cuenta de los razonamientos
...y Martín al acercarse a
...las costas de Francia
...dieron vista a las costas de
...¿Ha estado usted alguna vez

guiso. — Respondió el que Venecia sólo es buena para los venecianos, aunque recibe bien a extranjeros ricos. Yo no tengo dinero; usted lo tiene, de modo que vaya a usted donde quiera que le vaya el propósito — exclamó Camilo — usted que la tierra baya sólo mar persiga un habitado libro que necesito el capitán del buque? — Ni creo ninguno de esos delirios que nos a hacer tragar de un tiempo en esta — Mas ¿para que fin cree usted para sólo hecho el mundo? — dijo

BOULETIN DE LA VANGUARDIA 11

De VOLTAIRE

Cándido o el optimismo

— ¡Con igual facilidad que diez mil! — Voltaire de nuevo — le dijo que no lo llevaría a Venecia por menos de treinta mil duros. — Pues los tendrá usted. — respondió Cándido.

— ¡Eres! — dijo el negociante holandés — parece que treinta mil duros son nada para este hombre; sin duda los carneros llevan inmensos tesoros; no te avergüences de ir a buscarlos. Yo te adelantado los treinta mil duros, y luego veremos.

Cándido vendió dos pequeños diamantes de los que tenía más que por el oro el dinero que pedía el patrón y le adelantado. Embarcaron los dos carneros; Cándido seguía en una lancha para servir al buque en la bahía; el patrón creyó el tiempo, lea anclas, se da la vela y el viento le favorece. Cándido, asustado y estupefacto, le púele bien pronto vista

— ¡Dios de mí! — exclama; — esta justicia es digna del mejor mundo. — Vuélvase a la orilla, traspassado de dolor porque la mala perdulla una fortuna capaz de enriquecer a veinte personas.

— ¡Vá a casa del juez holandés, y como habia transformado por la indignación, una ridículamente a la puerta, entra y se pone su desgracia en tueto algo más que lo que le contenta. El juez comienza por hacerle pagar diez mil duros y el escándalo que habia causado, luego se lebecha — con paciencia, le ofrece un audir su asunto para cuando volbra el negociante le hara pagar otros diez duros por los derechos de audiencia.

Alto proceder acaba de exasperar a Cándido, que al punto habia corrido a las ruinas mil veces más dolorosas; pero la

sangre fría del juez y del patrón, que habia rodeado revolviéndole la bilis, hizo caer en una negra melancolía. La habida de los hombres se ofreció a su espíritu en toda su repugnante fealdad. Él solo habia visto el asombroso espectáculo de un barco francés estaba para marchar a Burdeos, y como ya no tenía careros cargados de diamantes que embarcar, apostó un canchales del buque por su justo precio. Él hizo anunciar por la población que pagaría el pasaje, la manutención y daria, además, dos mil duros, y un hombre honrado que quisiera ir a Burdeos con él, le concedía de que el tal hombre fuera el más descontento de su suerte y el más desgraciado de toda la provincia.

El tal hombre, al presencia de pretendientes, no le bastara a alojarse una escuadra. Queriendo Cándido elegir entre los más sencillos, escogió una veintena de personas que le parecían más sencillas que a cuales todos pretendían merecer la preferencia. Llas reunió en su hostería y las invitó a cenar, a condición de que cada una haría juramento de que escogería a Cándido, y él prometió escoger a aquel que le pareciese más digno de amorosidad y más descontento de su suerte, con justo título, y a dar a los demás

— Duró la sesión hasta las cuatro de la madrugada. Acordóse Cándido, mientras oia todas aquellas aventuras, de lo que habia visto y dijera cuando iban a Burdeos y de la respuesta que hizo de que no habia en el buque nadie a quien no le hubiesen sueldado desgracias. A cada una le desfilaba, que oia, el verdaderamente glorioso — que oia, el verdaderamente — decía — habria de verse en gran aprieto para demostrar su sistema. A lo que dijo por ver a él; porque su todo va a Burdeos, a Burdeos, pero no en el resto de la tierra. Después, al fin, en favor de un pobre sabio que, habia traído, durante diez años para los libreros de Amsterdam, un libro, si no dice que no hay oficio en el mundo que peor traiga a quien lo ejercita.

BOULETIN DE LA VANGUARDIA 11

De VOLTAIRE

Cándido o el optimismo

— ¡Con igual facilidad que diez mil! — Voltaire de nuevo — le dijo que no lo llevaría a Venecia por menos de treinta mil duros. — Pues los tendrá usted. — respondió Cándido.

— ¡Eres! — dijo el negociante holandés — parece que treinta mil duros son nada para este hombre; sin duda los carneros llevan inmensos tesoros; no te avergüences de ir a buscarlos. Yo te adelantado los treinta mil duros, y luego veremos.

Cándido vendió dos pequeños diamantes de los que tenía más que por el oro el dinero que pedía el patrón y le adelantado. Embarcaron los dos carneros; Cándido seguía en una lancha para servir al buque en la bahía; el patrón creyó el tiempo, lea anclas, se da la vela y el viento le favorece. Cándido, asustado y estupefacto, le piedad bien pronto vista

— ¡Dios de mí! — exclama; — esta justicia es digna del mejor mundo. — Vuélvase a la orilla, traspassado de dolor porque la mala perdulla una fortuna capaz de enriquecer a veinte personas.

Volvió a casa del juez holandés, y como había transformado por la indignación, una ridículamente a la puerta, entra y se pone su desgracia en tono algo más fuerte que lo conveniente. El juez comienza por hacerle pagar diez mil duros y el escándalo que había causado, luego se lebecha — con paciencia, le ofrece un audaz para cuando volbra el negociante le hace pagar otros diez mil duros por los derechos de audiencia.

Alto proceder acaba de exasperar a Cándido, que ahora había sufrido de muchas mil veces más dolorosa; pero la

sangre fría del juez y del patrón, que había estado revolviéndole la bilis, hizo caer en una negra melancolía. La habida de los hombres se ofreció a su espíritu en toda su repugnante fealdad. Solo la idea triste se asomó a su mente. En un barco francés estaba para marchar a Burdeos, y como ya no tenía careros cargados de diamantes que embarcar, apostó un canchales del buque por su justo precio. Se hizo anunciar por la población que pagaría el pasaje, la manutención y daria, además, dos mil duros, y un hombre honrado que quisiera ir a Burdeos con él, le concedió, de que el tal hombre fuera el más descontento de su suerte y el más desgraciado de toda la provincia.

El tal hombre, al ver la presencia de pretendientes, no le bastara a alojarse una escuadra. Queriendo Cándido elegir entre los más sencillos, escogió una veintena de personas que se parecían a él, y le dijo a sus cuales todos pretendían merecer la preferencia. Los reunió en su hostería y les invitó a cenar, a condición de que cada una haría juramento de que escogería a Cándido, y él prometió escoger a aquel que le pareciese más digno de amorosa y más descontento de su suerte, con justo título, y a dar a los demás

— Duró la sesión hasta las cuatro de la madrugada. Acordóse Cándido, mientras iba todas aquellas aventuras, de lo que le había de decir cuando iban a Burdeos. Al ver a la de la pregunta que hizo de que no había en el buque nadie a quien no le hubiesen sueldado desgracias. A cada uno le desfiló, que oía, y miraba con los ojos bajos. El primero, que el maestro decía — habría de verse en gran apuro para demostrar su sistema. A los demás por ver a él; porque su todo va a Burdeos, a Burdeos, pero no en el resto de la tierra. Después, al fin, en favor de un pobre sabio que, había traído, durante diez años para los libreros de Amsterdam, un libro, si alguno que no hay oficio en el mundo que peor traiga a quien lo ejercita.

